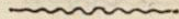


EL SUEÑO DE LA DICHA.

SONETO VII.

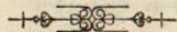


Como sueño feliz, que el afligido
Goza en el breve instante en que reposa,
Así desapareciste presurosa,
Llorada posesion del bien perdido.

Estrella, que en el orbe oscurecido
Lanzaba un rayo de su luz hermosa,
Por quien en esta tierra dolorosa
Caminaba tu amante dirigido.

Triste, del que por sendas estraviadas,
Sembradas de malezas y de abrojos,
Dirige sin tus luces sus pisadas;

El cielo sustituye con enojos
A sus glorias brevísimas soñadas,
El llanto indeficiente de sus ojos.

LA SUPLICA
EN LA AUSENCIA.

SONETO VIII.

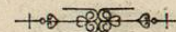


Cuando brillaba aquí tu luz divina,
Astro de amor, anuncio de consuelo,
Era á mis ojos deleitoso el suelo,
Bella la flor, la fuente cristalina:

Mas hora que el Eterno te destina
A enriquecer con tu beldad el cielo,
Mi alma se vuelve á tí, llena de anhelo,
Ausente de su patria y peregrina.

¿Qué hay en la tierra ya que me detenga?
Si mereciere tu infeliz esposo
Que de él tu corazón memoria tenga;

Concédele á su espíritu afanoso
Llegar, do tu cariño le prevenga
Delicias puras é inmortal reposo.



EL DESEO.

SONETO IX.



Si te llegare á ver, criatura santa,
Allá en la eternidad, libre de duelo,
¿Permitirás á mi amoroso anhelo
Seguir tus huellas y besar tu planta?

Entre el alado coro, que te canta
Con acento inmortal, hija del cielo,
¿Consentirás, que descornado el velo,
Mi vista se deleite en gloria tanta?

Privado de tu amor, pido á la muerte
Apresure sus términos fatales,
Ya que de tí la vida me divierte.

Si me esquivas tus brazos inmortales
(Puesto que indigno soy de merecerte)
Admítame tu templo en sus umbrales.



APOTEOSIS DE ELISA.

SONETO X.

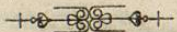


Era la aurora ya, cuando dormido
Una hermosa muger ví en el Oriente:
Blancas rosas ornábanle la frente,
En rizos su cabello desprendido.

Sujetaba su cándido vestido
De oro fino y zafir zona luciente,
Y de color de llama refulgente
Deslumbraba su manto descogido.

Verde palma llevaba por divisa:
Su rostro, lleno de inmortal decoro,
A mí volvió con plácida sonrisa:

Víla, y reconocí, bañado en lloro,
Entre puros espíritus á Elisa
Volando al inmortal, celeste coro.



NUEVA ESPERANZA.

SONETO XI.

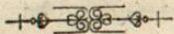
~~~~~

Por la mano de Dios me fuiste dada  
Como rico tesoro, en feliz día,  
Mi juventud llenaste de alegría  
Dulce prenda de amor, nunca olvidada.

Hoy que gozas, al cielo trasladada,  
Del premio que tu vida merecía,  
¿Te esquivarás acaso, esposa mía,  
De quien fuiste en la tierra tan amada?

No, que tu escelso espíritu desciende  
Del alto empíreo con callado vuelo,  
Y piadoso me asiste y me defiende.

Siente mi corazón blando consuelo,  
Cuando pensando en tí, fácil entiende,  
Que es mi destierro aquí, mi patria el cielo.



## LA POESIA FUTURA.

## SONETO XII.

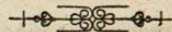
~~~~~

No era digna de tí la tierra impura,
Y alzaste el vuelo á esa region lejana,
Do sublimando la belleza humana,
Te revistes de gloria y lumbre pura.

Aparece mas clara tu hermosura
Que el astro anunciador de la mañana,
Y moras, como reina soberana,
En palacios de escelsa arquitectura.

Cuando de mi ecsistencia dolorida,
Y de tantas desdichas que eslabono,
Quedare la cadena suspendida,

Versos me inspirarás con nuevo tono
Dignos de eternidad, llenos de vida,
Que ofreceré rendido ante tu trono.



PENSAMIENTOS
FILOSOFICOS Y RELIGIOSOS,

DEDICADOS

AL SR. D. ANDRES QUINTANA ROO.

EL SER.

I.

¿Qué es el Ser? ¿Es de sí propio
Orígen, causa y producto?
¿Esfuerzo con que la nada
Sale de su centro nulo?

Si carecia de ecsistencia
¿Cómo á sí formarse pudo?
El ser y no ser á un tiempo
Arguye en sí mismo absurdo.

Y si el esfuerzo no es mas
Que del Ser un atributo
¿Pudiera ecsistir, acaso,
De su sugeto desnudo?

¿Cómo pudiera ser causa
Y tambien efecto suyo,
Cuando aquella es la primera,
Y este, por fuerza, segundo?

Luego les Seres, que forman
Del universo el conjunto,
Ni efectos son de sí mismos,
Ni la nada los produjo;

Que es ineficaz la nada
Para adquirir forma y bulto,
Para erigirse en esecia
Y darse á sí propia impulso.

¿Pues de dónde este universo
Toma su poder fecundo?
La materia que lo forma
¿De dónde su orígen tuvo?

En tantas dudas perplejo
Me precipito sin rumbo.
¡Oh razon, qué impotente eres!
¡Qué débil eres, discurso!

Sois ciegos, que guiais á un ciego
Entre precipicios rudos:
Enlazais dificultades
Y no desatais el nudo.

En esta vida lanzado
Vago en laberinto oscuro,
Y con errores groseros,
Solo, en las tinieblas lucho.

Si los Seres no nacieron
De sí propios, luego hay uno
Necesario, de quien todos
Su orígen tienen oculto:

Luego este Ser es increado,
Sin dependencia, absoluto,
Anterior á todo tiempo,
De quien el orbe es trasunto.

Esencia, que en sus hechuras
Se copia con fiel dibujo;
Idioma, que á nuestros ojos
Habla con language mudo.

¡Oh tú, Religion sagrada,
Que en este abismo confuso
Tu luz derramas, y al hombre
Ilustras con fuego puro!

Tú revelas á mi mente
Verdades, que nunca supo
En hondas cavilaciones
Hallar filósofo alguno.

Tú me enseñas, que hay un Ser
Que hizo de la nada el mundo;
Que desplegó el firmamento,
Y al sol señaló su curso.

Que la luna silenciosa
Puso por fanal nocturno,
Y de luceros sin cuento
Sembró el espacio profundo:

Que desde los altos cielos
Inmóvil, en trono augusto,
Ciñe de luces la aurora,
Cubre la noche de luto.

Da á la primavera flores,
Nieves al invierno crudo,
Espigas al rubio estío,
Y al pródigo otoño frutos.

De verdes bosques corona
Los altos montes robustos;
A los turbulentos mares
Límite de arena puso.

Hace nacer los arroyos
De los peñascales duros;
Cubre de césped los prados,
Y el viejo tronco de musgo.

Por él la tórtola amante
Canta con sentido arrullo;
Hambrienta la fiera ruge
Desde sus antros ocultos.

Huelga en el mar la ballena,
Pace los campos el bruto,
Encuentra el ave alimento
En los desiertos incultos.

En el Septentrion remoto
Tiene al Aquilon recluso,
Que á su mandato obediente
Altera los mares turbios.

Sobre las alas del viento,
Entre nublados oscuros,
Camina Dios en los cielos
Y es la tempestad su anuncio.

Si baja la vista airado
El suelo tiembla convulso:
Con su planta, si los toca,
Los montes convierte en humo.

¡Oh Señor, yo te confieso!
En todas partes descubro
Pruebas de tu amor sagrado:
Habla, que tu voz escucho.

A tí debo mi ecsistencia;
Tú animaste el polvo inmundo
De mi cuerpo, y le inspiraste
Tu aliento divino y puro.

La inmortalidad me has dado,
Y vivir contigo junto.
¡Oh mortal! ¡cuán elevados
Son tus destinos augustos!

II.

EL DOLOR.

Si un Dios de bondades lleno
Sacó de la nada el mundo,
Si la tierra y mar profundo
Ató con lazo de amor;
Si al hombre formó su mano,
Objeto de su ternura:
¿Por qué condenó su hechura
A la impresion del dolor?

Sufre el anciano postrado,
Gime el enfermo en su lecho,
Pena en calabozo estrecho
El prisionero infeliz.

En vano la tierna madre
Defiende al niño en sus brazos:
La muerte rompe sus lazos,
Y la hunde en dolores mil.

Si sopla la peste impura
Inficionando la tierra,
Si brama airada la guerra,
Si ruge el mar con furor;
Si estalla el rayo, y los montes
Tiemblan, vomitando fuego,
Sobre los mortales luego
Tiende su cetro el dolor.

Cuando ama con mas cariño
El nuevo esposo á la esposa,
Cuando lazada amorosa
Los estrecha ante el altar;
Cuando en el mar de la vida
Gozamos tranquila calma,
¡Con qué recuerdos al alma
Viene el dolor á turbar!

Mas ¡ah! que precipitada
La vida, sin resistencia,
Abreviara su ecsistencia,
Si le faltara el temor;
Y los deleites llenaran
Sus horas de culpa y tedio,
Si no se alzara por medio
Terrible y fuerte el dolor.

El dolor es del pecado
Recompensa merecida,
pension actual de la vida,
Condicion de nuestro ser;
Mas tambien es nuestra guarda,
Contra las pasiones muro,
Y para el siglo futuro
Ocasion de merecer.

Y si el dolor no ecsistiera,
 Romperia mano enemiga
 El dulce lazo que liga
 A la humana sociedad:
 Ni propiedad ni familia,
 Entre los hombres se hallara,
 Y el amor abandonara
 A la triste humanidad.

Si el dolor dejara al mundo,
 Fuera con él la justicia,
 Y en el sólio la malicia
 Haria su acero blandir.
 Alzara su faz odiosa
 Desmascarada licencia,
 Y quedara la inocencia
 Abandonada á gemir.

Si aun el hombre conservara
 La inocencia primitiva,
 Si ardiera en su seno viva
 Sagrada llama de amor;
 Si humilde hubiera guardado
 La ley del Señor primera,
 Hoy infeliz no sintiera
 Las heridas del dolor.

¡Insensato! alzarse quiso
 Sin alas á las alturas,
 Y de las esencias puras
 Los asientos escalar.
 Quiso con mano atrevida
 Quitar á Dios la diadema,
 Robar su lumbre suprema,
 Y como Dios imperar.

Por eso la ira divina
 Vengó de Dios el ultraje,
 Y el desdichado linage
 De Adam á muerte entregó:
 Hízole ver que su vida
 Seria de afan y miseria,
 Que su cuerpo era materia
 Presa infeliz del dolor.

Desde entónces ¡desdichado!
 Gime el hombre en tierra agena,
 Arrastrando la cadena
 De su mísero ecsistir.
 Sus ojos nacen al llanto
 Y sus labios al lamento;
 Es la vida su tormento,
 Y su descanso morir.

Mas ¡ah! que benigno el cielo,
 En su consejo divino,
 Remedio al hombre previno,
 Con que llamarlo á su amor.
 Bajó incógnito á la tierra
 El Dios escelso humanado,
 Para destruir al pecado,
 Sujetándose al dolor.

Duros clavos atormentan
 Sus piés y manos divinas,
 Su cabeza las espinas
 Y su paladar la hiel.
 Muere con dolor acerbo
 Por salvar la tierra ingrata,
 Y su agonía dilata
 El deseo de padecer.

Y dió con su sangre al hombre
 Vida en el empíreo cierta;
 Le abrió su espléndida puerta,
 Y á su sólio lo elevó:

Mas le dejó acá en la tierra
 Esta sentencia esculpida:
*Solo se llega á la vida
 Por la senda del dolor.*



III.

LA ESPERANZA.

Espíritu inmortal, que de la vida
 Siembras las sendas áridas de flores,
 Compañera del alma entristecida,
 Bálsamo de consuelo en sus dolores:

Tú, que de la niñez las horas breves
 Inundas de placeres y de encanto,
 Que de la juventud los pasos mueves
 A alcanzar de la gloria el fuego santo:

Y en las cenizas de la edad helada,
 Cuando ya el corazón gime marchito,
 A la pupila de vejez cansada
 Entre sombras descubres lo infinito:

Tu que enjugas el llanto doloroso
 Que el moribundo en su amargura vierte,
 Conservando tu fuego vivo, hermoso,
 En el fúnebre lecho de la muerte:

Dime ¡dulce esperanza! ¿descendiste
 Cual ángel de la esfera soberana,
 Para alumbrar en su destierro triste
 Llena de compasión la especie humana?

¿O eres solo una ilusión que nace
 De engaños de la mente y los sentidos,
 Vision, que al hombre descarria falace
 Por senderos de error desconocidos?

Si eres hija de un Dios veraz y sabio
 ¿Por qué la copa del placer me ofreces,
 Y al apurarla mi sediento labio
 En él derramas del dolor las heces?

En las ramas de selva florecida,
 Do inesperta la vista se divierte,
 Al arrancar los frutos de la vida
 Encuentro las semillas de la muerte.

Mas, no, que desdeñando el bajo mundo,
 También en él caminas peregrina,
 Y huyendo de su negro horror profundo
 Al empíreo tu vista se encamina.

Y por eso abandonas esta tierra,
 Morada de tormentos y quebranto,
 Do falsa libertad y cruda guerra
 Su imperio estienden de opresión y llanto.

Y diriges al hombre que transita
 Con paso incierto á la región futura,
 Cual dirigia al tímido Israelita
 Columna luminosa, en noche oscura.

A otra patria feliz alzas el vuelo
 Donde le ofreces perdurable calma,
 Nuevo amor y dulcísimo consuelo,
 Placeres inefables para el alma.

MEMORIAS DE LOS MUERTOS.

IMITACION DE ALFONSO LAMARTINE,

DEDICADA

AL SR. D. MANUEL CARPIO.

VELADO en nubes rojas
Se muestra el triste cielo,
Y de marchitas hojas
Se cubre el místico suelo,
Donde recoje el rústico
Leña para su hogar.

La inquieta golondrina
Con vuelo vagaroso
Ya se alza, ya se inclina
Al charco cenagoso,
Y entre las selvas rápido
Se oye el viento silbar.

En la oculta espesura
No murmuran las fuentes;
Yacen sin hermosura
Los montes eminentes,
Sin su verdor los árboles,
Los pájaros sin voz.

Apenas muestra el día,
Entre nubes quebradas
De niebla húmeda y fría,
Sus luces eclipsadas,
Cuando la noche lóbrega
Roba su imperio al sol.

Del zéfiro halagada
No despierta la aurora,
Ni de flores ornada
El horizonte dora:
Entre nublados cárdenos
La luz llega á morir.

Yace el mar solitario,
De bajeles desierto,
En lecho funerario
Inanimado y muerto:
Solo en la playa ondívaga
Se oye el aura gemir.

Sin pasto los ganados
Vagan por las colinas,
Del vellon despojados
Entre zarzas y espinas,
Siguiendo el paso míseros
Del mísero pastor.

Cesó ya la armonía
De la voz melodiosa,
Que al viento repetía
Su canción amorosa;
Así cual son armónico
La vida terminó.

Todo en Otoño muere,
Y es fuerza que sucumba:
Tambien al hombre hiere
El aire de la tumba,
Toca á su rostro pálido,
Y lo hace fenecer.

Y pasa cual la pluma
Que el águila abandona,
Cuando con nueva suma
De galas se corona:
Tal á otro mundo incógnito
Vuela el humano ser.

Se acerca el triste Invierno
Y no verán mis ojos,
Llenos de llanto tierno,
Mas que tristes despojos
De frutos mil, que efímeros
La tumba devoró.

Jóven soy, y me encuentro
Solo conmigo mismo,
Pues que el oscuro centro
De un insondable abismo,
Mis dulces prendas íntimas
La dura muerte echó.

En la estéril colina
Sus restos yacen hora;
Mas su esencia divina
Al Sumo Bien adora,
Y en otro mundo plácido
Vive eterna y feliz.

Cual la bella paloma,
Si amor su pecho abrasa,
Veloz el vuelo toma
Y á otras regiones pasa;
Así el humano espíritu
Vuela inquieto á su fin.

¡Ah! si resuena el viento
En la marchita rama,
Si escucho á paso lento
Pisar la seca grama,
Si la campana fúnebre
Oigo en sueños sonar,

Son éco que me advierte
Que hay un vivir segundo:
Anuncios de la muerte
Entre uno y otro mundo:
Seña que al alma tímida
Llama á la eternidad.

Si el material acento
Huye de mis oídos,
Dentro del alma siento
Misteriosos sonidos
Que de un letargo pérfido
Sacan mi corazón;

Y nacen y se acercan
Recuerdos y congojas,
Que de temor lo cercan:
Cual las marchitas hojas,
Que al pié del tronco, estériles
Agrupa el aquilon.